

- ¡Mi capitán, esto es una locura!
- Si con ello puedo salvar a los hombres que quedan entonces merecerá la pena.
- ¡Señor, le ruego que no lo haga!
- Es la hora de mi redención, no tratéis de detenerme.

Se encontraban en medio del paso montañoso de las montañas Serradas, frente a ellos se encontraba una inmensa llanura, antaño verde y ahora ocupada por miles de bestias y hombres que los acosaban, entre ellos los más prominentes y peligrosos eran una especie de osos que se erguían sobre sus dos fuertes patas y portaban hachas de guerra de doble filo.

El reducido grupo de soldados armados con lanzas y mandobles y cubiertos por finas armaduras de cuero y hombreras de acero se interponía entre el enemigo y los pocos defensores que habían conseguido replegarse del brutal ataque de las bestias.

-Bueno, señores, ha sido un placer combatir con vosotros- Dijo el capitán Vllamar mientras agarraba su mandoble y se lanzaba a la carrera hacia las temibles bestias.-"No sobreviviré, pero conseguiré un tiempo valioso para mis hombres y el resto de soldados. Que tengáis suerte en la batalla"

-¡Vllamar! ¡Dónde has metido la harina!

El padre de Vllamar no podía esperar, mejor dicho, no podía hacer esperar a la gente que quería su pan listo para cuando las campanas doblasen dando el mediodía.

Vllamar sabía muy bien dónde estaba la harina, la llevaba cargada a la espalda, llevándola desde el granero hasta la cocina, lo cual suponía un reto para el joven de trece años, teniendo en cuenta que cada saco pesaba casi diez kilos, al pobre chico le costaba un riñón llevar cada saco.

-Aquí está padre.

-Bien, ahora déjalo allí y atiende el horno, tengo que despachar unos asuntos.

Esos asuntos se encontraban en la puerta e iban vestidos de soldados. Los dos soldados pasaron un largo rato hablando con el padre de Vllamar, después entraron y subieron al piso de arriba, donde se encontraba el cuarto de padre.

Vllamar sacó el pan recién hecho y metió la siguiente hornada que ya había sido preparada por padre. Una vez hecho esto empezó a amasar. Llevaba ya una docena preparada cuando los tres hombres bajaron, los soldados se despidieron y se fueron, padre se acercó a su hijo de trece años.

-Hijo... yo... voy a tener que salir de viaje y... tardaré mucho en volver, vas a tener que quedarte a cuidar de la panadería.

-Papá, ¿puedo ir?

-Lo siento, pero no, cuídate hijo.

Vllamar se quedó allí, frente al pan listo para entrar en el horno mientras su padre se marchaba a la guerra, de donde nunca volvería.

A la edad de dieciocho años Vllamar se alistó en la compañía penitenciaria para el ejército, ya nada le quedaba que le motivase a vivir, su padre había muerto y la panadería se había incendiado en un error del chico.

Cuando se presentó en el cuartel para inscribirse en la compañía el joven soldado que atendía la garita se quedó mirando extrañado al chico de mirada baja y rostro deprimido.

-¿Estás seguro de lo que quieres chico? El ejército profesional es un lugar mejor donde servir, no es necesario pasar por el infierno de la penitenciaría

-Estoy seguro, si paso al ejército normal será por méritos, no valgo más que una mísera hormiga.
-De acuerdo,-dijo el soldado- habla conmigo si en algún momento decides dejar la penitenciaría y pasar al ejército.

El chico asintió y se dirigió escaleras abajo hacia su habitación, una mugrienta sala de piedra con unas pajas amontonadas a modo de cama. Se tendió y esperó pacientemente a que comenzase su entrenamiento.

-¿Nombre soldado?

-Vlamar, señor, de la penitenciaría

Vlamar había crecido, tenía veinticinco años, durante los siete años que pasó en la compañía se había ganado un nombre, era duro, disciplinado, nada en comparación con el resto de criminales que la componían. Había aprendido a manejar la espada de una forma espléndida y había sustituido su roñosa espada por un mandoble que requirió de un rival al que mató en combate singular en medio de una batalla con el reino vecino.

-Bien,... Vlamar, ¿qué te parecería si te saco de ese agujero de la penitenciaría y te nombro capitán de un grupo especialista en combates duros?

Vlamar levantó la vista y por una vez en su vida sus ojos se iluminaron con la alegría.

-Sería un placer señor.

-Chico, te lo has ganado, has mostrado más valía que cualquiera de mis hombres y la verdad, me estoy quedando sin oficiales- dijo sonriendo- Pronto entraremos en guerra y necesito de mis mejores hombres.

El grupo de Vlamar estaba formado por una treintena de hombres, todos ellos llevaban lanzas o espadones, uno de ellos que acarrea una gran lanza de hasta negra se acercó a él.

-Señor, permítame que me presente, me llamo Ghill seré su segundo al mando, es un placer tenerle entre nosotros.

-Dime Ghill, ¿sabes cuándo empezará la guerra?

-Sí señor, se rumorea que será para dentro de dos o tres días.

-Y dime, ¿consideras que éstos hombres están preparados para el combate?

-Sin duda alguna señor, combatirán a su lado hasta la muerte, irán al infierno si hace falta, lo único que necesitan es alguien que vaya delante de ellos y los lidere.

-Bien, entonces tendrán que esforzarse si quieren seguirme.

La batalla fue sangrienta, como todas las batallas a campo abierto, pero gracias al grupo de especialistas de Vlamar muchas vidas fueron salvadas.

El grupo entró de lleno por un flanco enemigo y atravesó las filas enemigas hasta llegar al centro, donde aguantaron la posición, eliminando a todos sus oponentes hasta que la caballería llegó para apoyarles.

Once de los hombres de Vlamar murieron, entre ellos Ghill, quien murió justo enfrente de Vlamar, atravesado por una lanza afortunada. El resto de hombres sobrevivieron, algunos con heridas leves, pero Vlamar no se perdonaría la pérdida de Ghill, él debería haber estado al frente y Ghill debería seguir vivo, pero ya no había marcha atrás.

De los dieciocho hombres que le restaban, cinco dejaron la brigada especialista, los otros catorce y Vlamar quedaron para luchar una vez más. Nadie sabía cuando sería ni donde sería, lo que estaba claro es que habría una próxima vez en la que Vlamar podría limpiar su sangre.

La ocasión se dió tres años después, sin aviso, fue algo totalmente inesperado. El reino se enteró de la amenaza cuando la espesa niebla que cubría el mar se levantó y de entre ella aparecieron unas dos centenas de grandes barcos de inmensas velas rojas con un hacha blanca en ellas.

El ejército preparó las defensas frente a las montañas, que hacían de muro natural entre las verdes llanuras que daban a la playa y los fértiles territorios del reino.

Los dos ejércitos chocaron y se sumergieron en un frenesí de hombres y bestias, escudos y armaduras. Los gritos de los hombres y los rugidos de las bestias llenaban el espacio acústico del campo verde que poco a poco se teñía de un rojo oscuro bajo la atenta mirada de oscuros nubarrones de lluvia.

La brigada de Vllamar vió frustrado su ataque, la resistencia de aquellas bestias los obligó a retroceder lentamente a un coste horrible. Decenas de bestias y hombres murieron, pero a su vez ocho de los hombres de Vllamar cayeron, todos ofrecieron una dura resistencia antes de morir. Mientras se replegaban, el grupo de Vllamar permaneció a la espera en el paso montañoso para que ningún hombre quedase tras ellos. Todavía había muchos corriendo ladera arriba, algunos eran cazados por unos animales parecidos a tigres que los devoraban al instante. No habría piedad para los que quedasen y no tenían mucho tiempo antes de que los alcanzasen.

Vllamar sostuvo su mandoble frente a él un momento, mirando el brillo plateado de éste antes de bajarlo y dar un paso hacia delante.

-¡Mi capitán, esto es una locura!

-Si con ello puedo salvar a los hombres que quedan entonces merecerá la pena.

-¡Señor, le ruego que no lo haga!

-Es la hora de mi redención, no tratéis de detenerme.

Vllamar empezó una carrera descendiente mientras pensaba en lo que sería de sus hombres y sobre todo pensando en Ghill. En los dos días que habían tenido para conocerse se habían caído bien, tenían los mismos ideales y ambos estaban bien disciplinados.

Entonces un rugido le llegó por la espalda, los ocho hombres que le quedaban estaban corriendo en su misma dirección, sosteniendo sus lanzas y mandobles preparados para entrar las líneas enemigas. Vllamar sostuvo el mandoble a su lado y pensó en lo orgulloso que estaría el portador de aquel mandoble. Entonces aulló:

-¡Por el rey, por Ghill y por mi padre!

Los nueve hombres comenzaron a empalar y a cercenar hombres y bestias, paulatinamente fueron cayendo hasta que sólo quedó Vllamar, mató casi un centenar de osos y montones de hombres y bestias parecidas a cabras erguidas. Finalmente cuando ya no pudo más clavó su espada encima del montón de cadáveres sobre el que se encontraba y clamó a los vientos:

-¡Si lo que queréis es tomar nuestro reino fijáos en lo que habéis perdido y pensad que cada hombre que os encontréis tras esas montañas luchará con la misma fuerza que cualquiera de nosotros!

¡Tornad vuestros barcos y replanteaos vuestra vida!

Centenares de temerosos ojos contemplaban a aquel hombre que acababa de terminar con cientos de vidas al coste de nueve. Los hombres fueron los que más rápido sucumbieron al miedo y comenzaron a huir hacia los barcos, algunos hombres y otras tantas bestias quedaron allí. Pero no

por mucho tiempo.

El cielo tras el montón de cadáveres sobre el que se encontraba Vlamar comenzó a llenarse con venablos que caían con tal fuerza que ninguna armadura o pellejo era capaz de pararlos y finalmente apareció la caballería.

Hicieron retroceder al enemigo y eliminaron toda resistencia. El último esfuerzo de Vlamar y sus hombres había surtido efecto, había tenido sentido morir por la causa.

- "Y eso está bien" - Pensó el chico de veintiocho años que había perdido todo a muy temprana edad y dió un sentido a su vida en la guerra y en la muerte. La vida de Vlamar llegaba a su fin. Antes de morir dejó la siguiente reflexión al soldado que acudió a socorrerle:

"La guerra no tiene sentido. Hay quien dice que es una forma de solucionar un conflicto, de esta forma llegamos a un acuerdo y perdemos miles de vida, sin ella llegamos al mismo acuerdo y no perdemos a nadie. Por eso no tiene sentido."

Acto seguido el gran capitán Vlamar Kihov murió, dejando un triste recuerdo en todos aquellos que alguna vez consiguieron llegar a conocerle.